

Discurso pronunciado por el Dr. José Laguna, Presidente saliente de la Academia Nacional de Medicina, durante la sesión solemne de iniciación de labores del CVIII Año Académico, el 3 de febrero de 1971.

Señor Presidente de la República,
Distinguidos miembros de la Mesa de Honor,
Compañeros académicos,
Señoras y señores:

En este momento, a un año de distancia de mi toma de posesión de la presidencia de esta ilustre Academia y al término de mi mandato, me dirijo nuevamente a ustedes, compañeros académicos, patrocinadores y colaboradores, amigos todos de nuestra casa.

En mis palabras de hace un año dejé constancia de las ideas de la Mesa Directiva sobre el futuro de la Corporación. Poco tiempo es un año para hacer un análisis de lo apenas realizado; conviene, en todo caso, recordar la meta y el camino trazado hacia ella. Decidimos, en tal ocasión, hacer un esfuerzo por programar y planear oportunamente todas las actividades de la Academia, sea en el aspecto de las periódicas reuniones científicas, aquí y en los estados, sea en el de las publicaciones, entre las que destaca la *Gaceta* que se enfiló, este año, a su segundo centenario de existencia, y por fin, en el ambicioso proyecto de hacer de la Academia una institución de investigación médica en las áreas de su

competencia. Declaramos entonces nuestro deseo de aprovechar al máximo la enorme fuerza de la Corporación, formada por connotados especialistas, todos ellos profesores e investigadores, todos ellos con la máxima capacidad para estudiar y dar soluciones a los problemas médicos generales, a los problemas médicos de alcance nacional. Aceptamos el reto de establecer un enfoque multidisciplinario para el análisis de los problemas y convertir a la Academia, en las cosas médicas, en un organismo educativo de alto nivel y normativo.

Al hacer el balance empiezan a verse los frutos en los distintos sectores; el grupo de "contaminación atmosférica" inició, tras concienzudo planeamiento, un importante estudio epidemiológico que analizará las consecuencias de la polución sobre la salud de los habitantes de nuestra ciudad, específicamente de sus grupos más débiles, los niños, los ancianos y los enfermos pulmonares crónicos. Ejemplo de los nuevos patrones de colaboración interdisciplinaria e interinstitucional, dicho trabajo congutina los esfuerzos de epidemiólogos, neumólogos, pediátras y geriatras, y de la colaboración de la Se-

cretaría de Salubridad y Asistencia, de la Secretaría de Educación Pública, del Instituto Mexicano del Seguro Social y del Instituto de Seguridad Social y Salubridad de los Trabajadores al Servicio del Estado.

Otros grupos de trabajo iniciaron sus labores que tendrán trascendencia al nivel normativo: el del "riesgo quirúrgico" en progreso en más de una decena de hospitales, el de las "malformaciones congénitas" y el encargado de las "normas de la investigación clínica" realizan tareas cuyos alcances están más allá de la tecnología científica y tocan planos éticos y sociales de gran significado. En parecida situación debemos considerar al grupo de estudio de la resistencia a las drogas antituberculosas, al de educación médica y a aquél que se interesa en la definición y la reglamentación de las especialidades en medicina.

Sin embargo, en otros grupos de trabajo hemos encontrado una falta de continuidad, de cohesión y de interés. Y, si es tan valioso, para la solución de los problemas actuales el concurso de especialistas que integren técnicas y experiencias y las apliquen a problemas aún no resueltos, ¿por qué a veces resulta tan difícil alcanzar la meta de la cooperación interdisciplinaria? Pienso que, en el futuro, evitaremos estas dificultades si logramos salvar la actitud de rechazo hacia los cambios, incluso a los cambios que debemos sufrir nosotros mismos para poder aprender, efectivamente, de nuestros compañeros. Debemos remover las barreras de la comunicación, mis-

mas que con frecuencia nos impiden escuchar a otros, sobre todo si ellos usan un lenguaje y unas expresiones que no son las nuestras. Debemos evitar la satisfacción que nos produce asentir a lo que decimos nosotros mismos en vez de tratar de comprender lo que dicen nuestros compañeros. En suma, tendremos que olvidar todas las diferencias personales que fomentan posturas de intransigencia y reafirman nuestro individualismo y tomar, en su lugar, el sendero del convencimiento y la unificación.

Lo dicho para este obstáculo que hemos encontrado en nuestro trabajo puede ser aplicable a situaciones más variadas y complejas. En nuestro país, en este momento, parece inaplazable la necesidad de una actitud cooperativa, de la participación total para unir los esfuerzos de quienes pueden pensar y actuar hacia el logro de las más altas metas en beneficio de la colectividad. La Academia, y sus miembros, desean participar en esta acción y en otras que trascienden a planos médicos nacionales de gran importancia. Por ejemplo, ¿conviene tratar de definir los motivos básicos que rigen la vida profesional en el campo médico? Ahora, cuando se reconoce la creciente importancia de la Medicina socializada, de la Medicina institucional, entran en juego el porvenir de los egresados de todas nuestras escuelas de Medicina y el de millares de mexicanos cuya salud depende de una acertada línea de trabajo por parte de los médicos. Se habla de deshumanización de la Medicina, pero quizás sea mejor hablar de

frustración reiterada, de falta de interés en el trabajo cotidiano, en fin, de ausencia de motivación para la tarea profesional. El médico, sin embargo, es un factor determinante en la tranquilidad del hombre, o en su vida misma, y debe mantenerse alerta, interesado o ambicioso en el progreso, sensible a los incentivos, satisfecho de su trabajo, distante de frustraciones y rutinas. Para alcanzar tal objetivo no parece bastar el ropaje del apóstol a menudo asociado a los médicos; tampoco parecen ser suficientes las soluciones unilaterales, sean emocionales o económicas. Creo firmemente que un médico contento con su vida profesional es, o debe ser, un hombre que deriva una extraordinaria satisfacción en la solución de problemas que provocan su curiosidad intelectual y quien, además, está orgulloso de poder resolverlos con la más fina de las habilidades y la más exacta de las técnicas aplicables. Sólo así es posible usar toda la fuerza del intelecto y, al mismo tiempo, aplicar el afán de servicio, aprovechando esa increíble oportunidad que ofrece la Medicina, como única profesión en la que se aguzan por igual la mente y el sentimiento en el interés del prójimo. Pocas profesiones hay que permitan satisfacer vivamente los intereses personales al mismo tiempo que se llenan los intereses de la comunidad. En estas condiciones, el médico deja de ser un practicante para convertirse en un individuo creador; deja de ser un artesano para convertirse en un artista. Me pregunto, así, ¿debemos estudiar y establecer estos posibles

principios como base de la estructura de nuestra Medicina mexicana, por razón y por fuerza cada vez más socializada e institucional?

A la Academia le quedan innumerables tareas, algunas de ellas en relación con su estructura misma, como la de acrecentar el espíritu institucional, el espíritu de unidad, el afán corporativo. Lo institucional es, en rigor, una actitud, la que logra garantizar la permanencia de las cosas ante el influjo constante y benéfico de lo transitorio y permite la continuidad que sólo adquiere su propio valor ante la fuerza constante del cambio. La Academia, como institución, favorece el trabajo de la sociedad, ingrediente indispensable en la supervivencia de la civilización. Sólo así podemos evitar el aislamiento, la falta de curiosidad, la falta de movilidad, la desesperanza. Así es como preferimos el orden al caos, el proceso creativo al destructivo, la suavidad a la violencia y así es como hemos llegado a creer que el afecto entre los hombres puede ser más valioso que la ideología misma. Apreciamos la historia porque la historia somos nosotros mismos y creemos en la cortesía un ritual que nos impide lastimar a otras personas satisfaciendo nuestro propio ego. De hecho en esta Academia, hemos aceptado que como individuos, somos sólo una parte de este gran todo que llamamos, por conveniencia, naturaleza, y estamos satisfechos de que existan hombres con un talento extraordinario y de que vivimos en una sociedad que hace su existencia posible.

Señor Presidente:

Empieza usted ahora la tarea de conducir al país; la Academia seguirá su camino, sobre el surco profundo que usted trace. Los hombres que participamos en el gobierno de nuestra Corporación simplemente aseguramos un futuro —ahora compartido con usted— en el que su mano ya se mostró clara y prontamente como mano justa: su reconocimiento del valer académico al designar miembro del Consejo de Salubridad General al Presidente de la Academia es un rasgo que sobrepasa el terreno de las convenciones y los formulismos. Su presencia, en esta sesión solemne, la consideramos como una expresión de intimidad, de unión, de confianza, no sólo a la Academia Nacional de Medicina, sino al conglomerado médico en general del que la Academia forma una especie de símbolo y un peculiar ejemplo. Tanto usted, señor Presidente, como todos los hombres que lo ayudan en la tarea directriz de nuestro gobierno podrán contar para toda acción, para todo

programa con esta Academia que no es instrumento —ni puede serlo— de nadie, ni de grupos o partidos o credos o sistemas, cuya única causa es la de participar en la lucha común por la salud humana y cuya única meta es la de lograr, a través de la Medicina, la mayor dignidad y la mayor seguridad para los mexicanos.

Compañero académico:

Termina hoy otra fase de mi vida corporativa; por haberme ayudado en todo momento, por tu participación en el campo científico y en el humano, por ser estímulo constante y repetido de ideas y de entusiasmo, por ser ejemplo que seguir y amigo que cuidar, deseo hacerte aquí, público, mi agradecimiento; regreso ahora contigo, a las filas de la tarea cotidiana, incorporado a los intereses comunes, consciente de que mi mayor satisfacción es la de tenerte de compañero y que mi mayor orgullo es el de pertenecer a esta Academia que, en materia médica, es la conciencia viva de la nación.